

## CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

**E**STANDO en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: "Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, *gaudeamus* tenemos.—¿Qué gente es? dijo Cardenio.—Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta, con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer, vestida de blanco, en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié.—¿Vienen muy cerca? preguntó el cura.—Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan." Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote, y casi no habian tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho; y, apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á aprear la mujer que en el sillón venia, y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna; solo que, al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió: "¡Pardiez, señor! yo no sabré deciros qué gente sea esta: solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en



sus brazos á aquella señora que habeis visto; y esto dígolo, porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda.—Y la señora, ¿quién es? preguntó el cura.—Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no há mas de dos dias que los acompañamos, porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien.—Y ¿habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el cura.—No, por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima, y sin duda tenemos creído que ella va forzada donde quiera que va; y, segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto; y, quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste, como parece.—Todo podria ser,” dijo el cura; y, dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la cual, como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella, y le dijo: “¿Qué mal sentís, señora mia? mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de servirlos.” Á todo esto callaba la lastimada señora; y, aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, que dijo el mozo que los demás obedecian, y dijo á Dorotea: “No os canseis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca.—Jamás la dije, dijo á esta sazón la que hasta allí habia estado callando; antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura; y desto, vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso.” Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio; y, así como las oyó, dando una gran voz, dijo: “¡Válgame Dios! ¿qué es esto que oigo? ¿qué voz es esta que ha llegado á mis oidos?” Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora, toda sobresaltada, y no viendo quién los daba, se levantó en pié, y fuése á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. Á ella, con la turbacion y desasosiego, se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la

miraban. Teniala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y, por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo, que se le caía, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que, el que abrazada ansimismo la tenia, era su esposo Don Fernando; y apenas le hubo conocido cuando, arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ¡ay! se dejó caer de espaldas, desmayada; y á no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro, y, así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ¡ay! que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento, despavorido, y lo primero que vió fué á Don Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien Don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos: Dorotea á Don Fernando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas, quien primero rompió el silencio, fué Luscinda, hablando á Don Fernando desta manera: “Dejadme, señor Don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas: notad cómo el cielo, por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis, por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean, pues, parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida; que, como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá, con mi muerte, quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida.” Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que Don Fernando aun no la dejaba de sus brazos, ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo se levantó, y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y, derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

“Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que, la que á tus piés está arrodillada, es la sin ventura hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú, por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que, encerrada